

Antonio Rivera, *23 de diciembre de 1973. El día en que ETA puso en jaque al régimen franquista*, Taurus, Madrid, 2021, 229 pp.

La colección de la que forma parte este volumen, dirigida por el profesor Jordi Canal en la editorial Taurus, quiere plantear siete fechas-clave para entender un largo siglo XX en España, el que va desde la pérdida de las colonias en 1898 a los atentados islamistas de marzo de 2004. Y una de las fechas elegidas es este 23 de diciembre de 1973 en el que el almirante Carrero fue asesinado por ETA. Es la única fecha de la serie ligada a la dictadura franquista, pues la anterior es la que abrió paso a la guerra civil, el 18 de julio de 1936, en otro volumen, por cierto muy bien resuelto a pesar de lo delicado de la tarea, hecho por la profesora Pilar Mera.

Creo que es un acierto plantear esta fecha porque nos da la clave para comprender elementos muy diferentes –y de un alcance que trasciende fechas concretas– como son el régimen franquista en sus últimos años, la mentalidad y ambiente de la primera ETA –y las razones de su persistencia en el tiempo– y las pugnas entre la oposición al régimen por liderar el posfranquismo y establecer una vía de democratización del Estado en el contexto de los años finales del dictador.

El lector accede a todo esto en un libro que proporciona con mucho rigor los elementos fácticos y nos brinda el detalle que luego nos ayuda a comprender mejor el amplio proceso de cambio en el que estaba inserto el país en los inicios de los años setenta. De hecho, se detiene menos en todo lo que significa la realización del atentado, conocido y narrado hasta la extenuación, que en los preparativos y detalles previos, quizá menos conocidos, y los posteriores, con la realización de la rueda de prensa de los autores del atentado. También nos muestra la existencia de una red ajena al mundo etarra, pero que colaboraron activamente para la realización de la acción, al identificar a la joven ETA como parte del universo antifranquista opositor: desde el albañil que les prepara el zulo en donde el almirante iba a ser encerrado tras su secuestro, según el plan inicial cuando aún era vicepresidente del gobierno, a la gestión de alquileres de inmuebles y compra de vehículos, como es el caso de Alfonso Sastre y Eva Forest.

En realidad, la fecha del 20 de diciembre es la excusa para hablarnos de muchas otras cosas, seguramente mucho más interesantes que el atentado propiamente dicho y su mecánica. El lector encontrará aquí un impagable retrato de la profunda desconexión que el régimen tenía con la realidad a la altura de esos años y la dificultad de lidiar con un fenómeno nuevo y de bases distintas a las del “contubernio masónico-comunista” de los gastados soniquetes del régimen. La policía franquista, represiva y brutal, tenía problemas para captar la deriva social y política en zonas de España como el País Vasco, que proporcionaba la creciente base social de las acciones de esta primera ETA. Sus acciones eran puramente represivas y sobre todo incapaces de captar la entidad de lo que se estaba conformando. Pero no todos estaban tan ciegos. Rivera nos muestra también, con nombres y apellidos y detalles de su tarea, a los policías que tienen más capacidad de análisis (que los había) pero que no encuentran ninguna receptividad en sus mandos y en las autoridades políticas del régimen. La compartimentación de las agencias de información (Gobernación, SECED y Guardia Civil) eran una muestra también de la necesidad de un mando único, que era inexistente, como constatará la propia CIA. Esta clase política del franquismo tardío no era capaz de hacer una lectura en clave política de la evolución social y laboral ni del conjunto del país ni, menos aún, auscultar unos territorios como el País Vasco y Navarra, la persistencia de unas señas de identidad culturales e idiomáticas, mostrando una visión obsoleta de una sociedad ya muy alejada de la de veinte años atrás. Lo mismo sucedía con su visión de la oposición, que en todo caso estaba reducida a los comunistas, tanto para demonizarlos en los discursos como para incluso contactar puntualmente por parte de algunos responsables, por ejemplo cuando se produce el atentado, para saber si el PCE era el responsable o estaba implicado en el magnicidio. Pero ETA estuvo fuera del radar durante un precioso tiempo inicial o identificada como un grupo de desnortados y aislados muchachos nacionalistas con escasa capacidad de amenaza real a un régimen que se seguía autopercebido como inamovible y sólido.

De ahí la sorpresa del muy fácil atentado contra la segunda autoridad del régimen, y presunto albacea de la obra de Franco. Los primeros sorprendidos son el resto de la oposición al régimen, que dudan de que ese grupo de jóvenes nacionalistas radicalizados fueran capaces de una acción de esta ambición, precisión y efectividad y ven cómo la estrategia del PCE de la reconciliación es puesta en entredicho por el éxito de la acción terrorista.

Si era tan fácil matar al flamante presidente del gobierno de una dictadura como la de Franco, ¿no se habrá estado equivocando la oposición histórica al régimen, acusada de pasividad por las nuevas generaciones que se incorporaban a la lucha antifranquista, tal y como los primeros militantes de ETA afeaban a los veteranos miembros del PNV su táctica de esperar a la muerte del dictador y no hacer nada para hacer frente a la dictadura y a la disolución de la personalidad vasca?. Por ello, una de las partes más interesantes del libro es cuando explora los efectos de la muerte de Carrero tanto dentro del propio régimen como entre la oposición. Este crimen de estado no fue sólo un golpe al régimen, sino que le dio un enorme prestigio ante los antifranquistas, mostró la debilidad de la dictadura y recabó para ETA y el nacionalismo vasco la dirección de la lucha contra el declinante franquismo. La consecuencia de este hecho es el predicamento de ETA entre sectores de la izquierda avanzada, incluso muchos años después de la consolidación de la democracia en España.

El régimen no tuvo inicialmente capacidad de reacción ante un golpe que no se esperaba. Nunca atribuyó a ETA la capacidad para un atentado de esta entidad ni de lejos ni pensaba que la vía violenta fuera a ser utilizada por los sectores contrarios al régimen. Para el régimen el asesinato del hombre de confianza de Franco es una tragedia y una demostración patente de debilidad e incompetencia propia y abría la puerta al definitivo hundimiento del sistema a la muerte del dictador, que se intuía ya próxima.

Esto no significa que el régimen, incluyendo a Carrero antes de su muerte, no fuera consciente de la existencia de la amenaza de ETA y que, cuando ésta empieza con sus acciones y el asesinato de guardias civiles, se plantee sin ninguna duda moral utilizar la guerra sucia. Antonio Rivera nos habla del nacimiento de la guerra sucia partiendo de la extrema derecha universitaria, reclutada por la policía y que luego empezará a realizar acciones en el santuario francés. Estos contactos con los sectores más extremos y violentos alcanzan a los neofascistas italianos, con personajes como Borghese y Delle Chiaie, aunque en realidad el despliegue de estas acciones no empieza hasta el atentado de la calle del Correo en Madrid en 1974, una vez muerto Carrero. De alguna manera, Rivera nos muestra la paternidad de la guerra sucia por parte del franquismo, un fenómeno que se mostrará persistente en el tiempo, dando lugar a la existencia de un antiterrorismo ilícito en la transición y la democracia.

No menos importante es el extraordinario retrato que hace Antonio Rivera de la mentalidad y evolución interna de la primera ETA, donde se ve el amplio conocimiento que tiene sobre el tema, fruto también del trabajo de todos estos años de un importante sector de historiadores vascos de la UPV que han hecho del análisis de ETA y de sus víctimas un objetivo historiográfico y cívico. En el libro se nos muestra cómo la vertiente nacionalista pugnaba con la antifranquista, es decir la existencia de dos almas en la organización que van a estar en cierta disputa hasta que tras la muerte de Franco y los primeros pasos de la agenda democrática en el estado, van a ser los sectores militares, partidarios de la violencia los que se queden con las siglas y con el protagonismo de una organización mucho más compleja y diversa de lo que luego será. Una vez más, la sorprendente eficacia de este atentado y la efectividad de la acción armada contra este declinante resto del fascismo europeo es una de las razones de su pervivencia: para muchos antifranquistas, activos o pasivos, la acción de ETA conquistó el liderazgo práctico opositor y por lo tanto ganó una legitimidad entre la izquierda radical que aún retendría durante muchos años ya en el contexto de la democracia constitucional de 1978, pues las insuficiencias democráticas o pervivencias del franquismo, daban pábulo a aceptar por parte de estas minorías la licitud de la lucha armada, al considerar que España estaba lejos de ser una democracia auténtica, sino una continuidad maquillada del franquismo. Eso explica también el voto a Herri Batasuna y marcas subsiguientes fuera del ámbito vasconavarro durante muchos años cuando era posible, como en las elecciones europeas.

El almirante Carrero Blanco es el elemento central del relato, pero en realidad es el gran ausente, una figura que obra como sujeto pasivo del desencadenamiento de los acontecimientos. El retrato que hace Rivera muestra aun hombre reaccionario a la par que pragmático y responsable, pero que no dejaba de ser alguien sin apoyos ni grupos detrás de él, más allá de la propia figura de Franco, con lo que es difícil hablar de legado de su obra, ni de seguidores, ni de una huella o perfil especial.

La conclusión más clara del libro se halla en el título del epílogo del volumen: “ETA, el último residuo del franquismo”. El protagonismo de ETA en la vida pública española desde el atentado fue a más como sabemos, hasta convertirse en un elemento político fundamental por su acción terrorista, por los efectos de su sufrimiento, por la división de la población vasca a la que condujo. Pero ETA nunca hubiera existido sin Franco y sin la dictadura que encabezó. Toda esa barbarie, toda esa ruptura con la tradición ilustrada y liberal española que supuso su régimen, también se pagó en las estrategias de quienes lucharon contra él. Y la exitosa acción contra el almirante Carrero coronó a ETA como un agente político de primer orden. La causa que defendía, la secesión de una Euskal Herria independiente de una España presa aún del reaccionarismo franquista, no habría sido posible de mantener sin ese pasado opresivo. Por ello, aunque hubiera que esperar al año 2011 para el final de ETA militar, su larga historia en la democracia, y las huellas de su modo de operar en ésta, no hubiera sido posible sin la larga noche negra de la dictadura.

Rivera trata también del relato que los distintos agentes, la propia ETA, la oposición o el régimen han hecho de los efectos del atentado e incluso la defensa que antiguos militantes han hecho del asesinato de Carrero como una base necesaria para la democratización del conjunto de España. Rivera es tajante en mostrar cómo la muerte de Carrero no fue tan decisiva y como desde luego el objetivo no fue ese por parte de la organización armada, sino más bien la demostración de su capacidad de acción, sin prever escenarios futuros. Para la oposición, inmersa en esos momentos en la defensa del proceso 1001 de los militantes de Comisiones Obreras juzgados en la misma mañana del atentado, el atentado mostró la nula sensibilidad de los separatistas vascos hacia cualquier tipo de acción conjunta o coordinada con el resto de la oposición antifranquista.

Desde luego, Rivera desecha las teorías “conspiranoicas” sobre este asesinato, presentes en muchos trabajos y que buscan en la CIA o en sectores del propio régimen la responsabilidad del atentado. En ese sentido, deja claro que este atentado, por mucho que se pudiera especular, es de quien es, más allá de la gestión de los distintos actores de un hecho para muchos sorprendente e inexplicable por la presunta bisonería de la banda.

El autor no deja de interesarse por aspectos de detalle de la propia conmemoración de la muerte de Luis Carrero: desde el monumento erigido en su natal Santoña a los tan populares chistes sobre el “vuelo” de Carrero que han estado presentes en varias generaciones, mostrándonos todas las costuras y aspectos de un hecho de alto impacto en la memoria de la población.

Concluyendo, la tesis central de este libro es que con este atentado ETA no hizo avanzar la democracia ni un milímetro, aunque asestó un golpe al régimen –que expuso sus debilidades– e indirectamente debilitó a la oposición democrática y pacífica. Con esta acción de ETA se consolidó un elemento destructivo de la democracia al ser la base de la futura fuerza y predicamento de la organización separatista vasca. Si el régimen franquista estaba ya deslegitimado y en clara decadencia en la fecha del crimen, la deslegitimación de ETA tardaría aún cuarenta años.

Este libro nos da por lo tanto muchas y buenas pistas para entender el franquismo, especialmente en sus turbulentos años finales; también para comprender el contexto en el que nace y opera la primera ETA, y para valorar el triste legado que esos años oscuros, desde el poder

y desde la oposición, supusieron para el asentamiento efectivo de la democracia liberal en España.

Miguel Ángel Ruiz Carnicer
(Universidad de Zaragoza)